

Cultura
Artística y
Turismo



ESPAÑA

Propaganda de la Comisaria Regia del Turismo

ESPAÑA

(DIVULGACIÓN Y PROPAGANDA)

CR119
*Publicaciones de la Comisaría Regia del Turismo
y Cultura Artística*

F. J. SÁNCHEZ CANTÓN

SUBDIRECTOR DEL MUSEO DEL PRADO

ESPAÑA

(DIVULGACIÓN Y PROPAGANDA)



MADRID

1925

Reg. 6.674

AL LECTOR

Si un concepto pudiera ser cifra del pasado y del presente de una nación, el de España sería éste: *diversidad*. El viajero Ford llamó a España «el país de lo imprevisto»; mas no es dictado que convenga ya a muchas manifestaciones de la vida española.

La diversidad—nota histórica y actual de España—despierta apetencias agudas en el hombre moderno que, ahito de la especialización impuesta por las horas que vivimos, quiera redimirse de la monotonía cotidiana, gustando en corto espacio y breve tiempo las más variadas sensaciones. Quizá, entre todos los países España es el que puede suministrarlas de mayor disparidad: una somera ojeada a su geografía, a su historia, a su arte y a su vida, lo probará cumplidamente.

En estas páginas se agrupan ejemplos, sin

pretender agotar las facetas incontables de España. Podrían, probablemente, sustituirse muchos de ellos, y desde luego aumentarse; sin embargo, son suficientes los anotados para mostrar las más típicas características del complejo español.

Más que un himno a España o un elogio a la manera antigua, es lo que va a leerse una relación de modalidades peculiares, buscando el contraste, que es fuente de goces.

NOTAS GEOGRAFICAS

España está situada en el extremo oeste de Europa, es el cabo del mundo, el *finis terræ* antiguo y medieval. Es una península que semeja la piel de un toro extendida: el mito clásico del rapto de Europa dijérase que sobre ella se plasmó, declarando que, en bien y en mal, España no es Europa.

El mar, que casi del todo la rodea y la aísla, abre senderos innumerables a la invasión. Antes fué España el cierre del Mundo; desde el Renacimiento es la avanzada en el camino de América; siempre paso entre el Norte y el Sur y campo de sus luchas.

La Península ibérica—geográfica, histórica y artísticamente hablando, prescindir de Portugal es un absurdo—mide 580.983 km.²; de ellos, 261.400 son de clima húmedo; de donde se deducen cambios de flora inesperados en reducido espacio; por hallarse en un mismo país localidades de lluvias frequentísimas, como Santiago, Oviedo, Bilbao, San Sebastián, todo el Noroeste y Norte, en suma, y lugares en los que no llueve

en el transcurso de años, como algunos del bajo Aragón y del Sureste.

Entre el bosque del Norte—robles, castaños, hayas, abedules, avellanos, tilos, arces, pinos...— y el del Mediterráneo—encinas, acebuches, algarrobos, pinos albares...—; entre la estepa pedrada y las huertas de Murcia y Valencia; entre la vega de Granada o la vera de Plasencia, y los olivares de Córdoba y Jaén; entre los trigales de la tierra de Campos y los prados de Asturias; entre los palmares de Elche y los cipreses del Generalife; entre los pinares de Avila y Segovia y los naranjales de Valencia y Alicante; entre los maizales gallegos y los viñedos de la Mancha, de la Rioja o de Jerez... la fisonomía del paisaje español muda de aspecto en cada revuelta del camino: júzguese si habrá mayor aliciente para el turista ansioso de cambios.

En Granada hay carretera que naciendo entre cármenes, y cruzando macizos de pitas y chumberas, lleva, en pocas horas de subida, a las cumbres del Veleta y del Mulhacén—el pico más alto de España, 3.481 metros—; salva la región de las nieves perpetuas, toca en aldeas alpujarreñas, casi las de mayor altitud de Europa, y en corto tiempo llega a la costa de Motril, rica en caña de azúcar y en algodón, donde no hiela nunca.

Tres horas son suficientes para bajar del desolado Cebrero (Lugo), donde las casas son de

planta circular, cuales las de prehistóricas citánias, y donde sólo se cultiva el centeno, a las rías de la provincia de Pontevedra, riberas siempre verdes donde sazonan naranjos y limoneros, la palmera crece lozana, y magnolios y camelios viven sin cuidados.

Madrid tiene a 50 kilómetros la sierra de Guadarrama, con nieve en Junio, y está a igual distancia de Aranjuez, siempre florido, y de la Mancha inacabable, sin agua ni árboles, que, cual un desierto, ni siquiera es llana.

La sierra de Gredos, alta y helada, con una laguna, a 2.000 metros, de purísimas aguas, tiene en sus faldas el «desierto» de Las Batuecas, que es un vergel con cipreses y granados. Desde las cimas de Plaza del moro Almanzor, 2.661 metros; Calvitero, 2.401 metros, y Acueolito, 2.418 metros, se señorean inmensos paisajes de pasmosa variedad, donde se hermanan la flora nórdica de la vertiente septentrional con el castaño, el olivo, la higuera, la vid, y aun el naranjo de la Vera de Plasencia.

Y así es España: sierra y llano, costa brava y playa, estepa y vergel, cañada y arisca subida, valle de perenne verdor y parda llanura, monte raso y bosque inextricable; ríos, que durante tres meses son torrenteras, y durante nueve caminos de andadura; otros, de curso tranquilo y plácidas orillas, que luego se despeñan entre

fragosos arribes; algunos, en fin, por salirse de toda norma, como el Guadiana, los bebe la tierra, y reaparecen leguas después más caudalosos; el mar alterna bravíos acantilados con rías de ensueño, en las que agua y tierra parecen complacerse en el largo contacto, abrigada su boca por islas que las hacen seguras y cómodas.

Las claras palabras con que describió a España el Rey Alfonso *el Sabio* en el siglo XIII se vienen a la pluma; ellas condensan cuanto pudiera decirse y mejor dicho:

«ENTRE TODAS LAS TIERRAS DEL MUNDO, ESPAÑA HA UNA EXTREMANZA DE ABONDAMIENTO O DE BONDAD MÁS QUE OTRA TIERRA NINGUNA...

»...ES CERRADA TODA EN DERREDOR: DEL UN CABO, DE LOS MONTES PIRINEOS, QUE LLEGAN HASTA EL MAR; DE LA OTRA PARTE, DEL MAR OCÉANO; DE LA OTRA, DEL MAR TIRRENO...

»...ESPAÑA ES COMO EL PARAÍSO DE DIOS, CA RIÉGASE CON CINCO RÍOS CABDALES, QUE SON: EBRO, DUERO, TAJO, GUADALQUIVIR, GUADIANA; E CADA UNO DELLOS TIENE ENTRE SÍ E EL OTRO GRANDES MONTAÑAS E TIERRAS; E LOS

VALLES E LOS LLANOS SON GRANDES E ANCHOS; E POR LA BONDAD DE LA TIERRA E EL HUMOR DE LOS RÍOS, LLEVAN MUCHOS FRUTOS E SON ABONDADOS. ESPAÑA, LA MAYOR PARTE DELLA SE RIEGA DE ARROYOS O DE FUENTES, E NUNCA LA MENGUAN POZOS EN CADA LUGAR DONDE LOS HA MENESTER.

»ESPAÑA ES ABONDADA DE MIESES, DELEITOSA DE FRUCTAS, VICIOSA DE PESCADOS, SABROSA DE LECHE E DE TODAS LAS COSAS QUE DELLA SE FACEN; LLENA DE VENADOS E DE CAZA, CUBIERTA DE GANADOS, LOZANA DE CABALLOS, PROVECHOSA DE MULOS, SEGURA E BASTIDA DE CASTILLOS, ALEGRE POR BUENOS VINOS, FOLGADA DE ABONDAMIENTO DE PAN, RICA DE METALES DE PLOMO, DE ESTAÑO, DE ARGENT VIVO (1), DE FIERRO, DE ARAMBRE (2), DE PLATA, DE ORO, DE PIEDRAS PRECIOSAS, DE TODA MANERA DE PIEDRA MÁRMOL, DE SALES DE MAR, E DE

(1) Mercurio.

(2) Cobre.

SALINAS DE TIERRA, E DE SAL EN PE-
ÑAS, E DOTROS MINEROS MUCHOS:
AZUL, ALMAGRA, GREDA, ALUMBRE,
E OTROS MUCHOS DE CUANTOS SE FA-
LLAN EN OTRAS TIERRAS; BRIOSA DE
SIRGO (1) E DE CUANTO SE FACE DÉL,
DULCE DE MIEL E AZÚCAR, ALUMBRA-
DO DE CERA, COMPLIDA DE OLIO, ALE-
GRE DE AZAFRÁN. »

(1) Seda.

NOTAS HISTÓRICAS

La historia de España, cual la de todos los pueblos, y quizá más que la de ninguno, está gobernada por la geografía; país de tránsito, peninsular, con regiones muy feraces unas, de riquísimo subsuelo otras, había de ser tierra de promisión para diversas razas.

Sin saltar dentro de los linderos de la prehistoria, aquí afincaron iberos y celtas, fenicios y griegos, cartagineses y romanos; de todos quedan monumentos, todos dejaron rastros étnicos. Durante siglos, estas sucesivas invasiones fueron dibujando el perfil fisonómico de España, pues ninguno de estos pueblos logró con tranquilidad el disfrute de nuestro suelo.

En los comienzos de la era cristiana, cuando la romanización uniformadora todavía no lograra desarraigar características primitivas, llegan los bárbaros del Norte, que establecen dos reinos principales: el suevo y el visigodo; el primero, de cierta sensibilidad; el segundo, de amplia cultura, alcanzó un esplendor por ninguno de los reinos congéneres superado.

Mas antes de conseguir la eliminación de los elementos anteriores, irrumpen los moros, que no sólo por la guerra dominan toda España, y en dos siglos llegan, en punto de cultura, a donde su raza jamás subió.

La reconquista cristiana, pintada arbitrariamente a la manera de empresa militar, que duró ochocientos años, fué cosa muy diferente de una larguísima guerra; actuaron en la reconquista fuerzas étnicas, imposiciones geográficas, cambios sociales... algo mucho más complejo que una lucha de pueblos de distinta religión.

Pasados los primeros siglos medievales, de máxima desorganización entre cristianos, se diseñan firmemente en España varios núcleos nacionales: Portugal, con suelo, lengua y raza comunes a otras comarcas peninsulares, hizo eficaz la independencia, y aun el apartamiento, por esfuerzo de voluntad, y, al correr de los tiempos, aventurándose en el Mar Tenebroso, logró imperar en apartadísimas tierras; León, fundido con Castilla, fué no sólo el centro geográfico, sino el centro vital de España durante quinientos años; Navarra, hasta la Edad Moderna, giró con frecuencia dentro de la atracción francesa, y Aragón, que, si por una parte conservó tanto o más que Castilla, los elementos indígenas, por otra, con Cataluña y Valencia, al buscar la natural expansión por el Mediterráneo, determinó muchas de nuestras salidas a Europa.

El Sur era del dominio cada vez más débil del moro, que, dividido en taifas, aguardaba el empuje cristiano para mal morir.

Pero estos núcleos nacionales no han de verse agrupados en dos bandos—el de la Cruz y el de la Media Luna—en lucha incesante y porfiada. La paz entre moros y cristianos era tan frecuente como la discordia entre reinos de la misma religión; y casos hubo de alianza de moro y de cristiano contra cristianos, y de cristiano y moro contra moros.

Para la historia de la civilización, más que estas luchas importa señalar las dos corrientes vivas que fecundan nuestra cultura: al Norte, la peregrinación compostelana, que viene de Europa; al Sur, el contacto con lo oriental. Al mezclarse estas aguas caudales de fuentes tan diversas sobre tierras pobladas por razas vigorosas, hicieron germinar y crecer pujante vegetación multiforme, indómita y original, a la que sólo faltó constante cultivo para lograr que granasen del todo las maravillosas flores de la Arquitectura, la Escultura, la Música y las Leyes, que hicieron de la España medieval la maestra de Occidente, aunque todavía muchos desconozcan o nieguen sus enseñanzas.

Los especiales caracteres de la reconquista explican nuestra Edad Media, de tanta variedad en artes y en letras. La división en reinos motivó nuestra todavía no conseguida unidad

nacional; y esto, que para muchos españoles es espina dolorosa, constituye para el viajero fuente de encanto y de deleite.

La *unidad* fué la obsesión de la Reina Católica: sus intentos reiterados no llegó a verlos cumplidos. Consiguió atar en un haz y puso bajo yugo a Castilla, León, Galicia, Asturias, las Provincias Vascongadas, Extremadura, Aragón, Valencia, Cataluña, Murcia y Andalucía; ligados estos reinos, acometieron y realizaron la empresa americana. Con porfiados empeños buscó Isabel I la unión con Portugal; pero la muerte cortó una y otra vez los lazos que habían de atarnos, y cuando la unidad llegó, fué efímera; porque, de un lado, por herencia del Rey *Hermoso*, estábamos metidos en continuos pleitos europeos, que nos impidieron compenetrarnos con el pueblo hermano; y de otro, Portugal acababa de ver frustrarse dolorosamente sus ideales en Africa, lo que agudizó y avivó su afán perdurable, noble y legítimo de independencia.

Las empresas ultramarinas y las andanzas europeas, desangraron y empobrecieron materialmente a España; pero la enriquecieron en espíritu y la poblaron de memorias gloriosas.

La decadencia política y guerrera coincide con el esplendor en letras y artes; los continuos reveses militares hicieron que se desperdigasen menos nuestras fuerzas. Las aventuras de más

de un siglo sirvieron de motivo de esparcimiento y de reflexión; se despertaron actividades que el incesante descubrir y conquistar mantuviera apartadas y sin uso, y así, entre fulgores de puesta de sol deslumbrante, España recorre el siglo xvii.

En el xviii liman nuestro carácter nacional los repetidos ensayos europeizadores que, coincidiendo con el entronizamiento de una dinastía francesa, ganan a las clases directoras, hacen progresar, sin duda, la vida de España; mas al intentar reformas que herían costumbres y sentimientos populares, se vió que todavía quedaba intacta la fibra en la guerra de la Independencia.

De lo que después sucedió no es sazón de hablar, que la historia reciente amarga como la fruta verde, según dicho de Galdós.

Con el dolor de tantas vicisitudes, España elaboró una civilización propia—lenguas, letras, artes, leyes...—que generosa vertió sobre un continente.

La historia de España puede verse en emblema como un vaso precioso que, lleno de los más ricos frutos, se hubiese volcado, guardando tan sólo el aroma por recuerdo.

LAS ARTES

Si el terreno y el clima de España presentan peculiaridades, incluso contradictorias; si en temperaturas y presiones, y por ende en flora y fauna, produce el suelo español especies de zonas distantes; si los caracteres étnicos pregonan las huellas de razas invasoras diferentes, y la historia declara en todas sus páginas variedad, no ha de extrañar que, reflejándose estas circunstancias en las artes, muestren el más rico conjunto de formas de belleza que es dable admirar hoy día en el mundo.

Pero no se ha de creer por eso que el arte español es simple muestrario de los diferentes estilos, aunque sea típica la diversidad de sus aspectos, nacida del cruce fecundo de influencias, sino que hay que rendirse ante los caracteres hondos y permanentes, que dan fisonomía acusada por fuertes rasgos a todo lo peninsular.

Porque España es tierra de precusores artísticos, el viajero encontrará genealogía a muchas formas en otros países granadas; y porque es tierra de tradiciones, hallará bocetos y ensa-

yos tal cual los dejaron creadores sin constancia, ni fortuna — que suele ser el premio de aquella virtud.

También de Occidente puede salir la luz del arte, que es luz plácida y suave. España fué foco que irradió formas artísticas en las lejanas edades prehistóricas; y en las tinieblas medievales fué antorcha; y fué guía para la pintura moderna; y en los momentos de mayor prostración del arte europeo puede enorgullecerse de haber producido personalidades artísticas fuertes y originales. Mas, no siempre fué apreciado debidamente nuestro arte, muy poco académico y un mucho indisciplinado y sin rigor en su evolución, porque el brío y la originalidad son cualidades que algunos juzgan secundarias, poniendo por encima de ellas el orden y las reglas — en España maltrechos, por fortuna, en las épocas de mayor pujanza en letras y artes—. Pero, aun quienes piensen que la medida ha de estar sobre todo, reconocerán de grado que el viajero gozará intensamente en la contemplación de obras libres de trabas académicas, labradas en la veta bravía de la raza por el arte español, todo vigor y pasión; que, siendo menos intelectual que humano, buscó en los hombres de carne y hueso su inspiración, de donde su variedad, su verdad y su fuerza; de donde también las notas antagónicas — exaltación mística

y complacencia en la realidad — que caracterizan nuestras artes y nuestras letras; y que coexisten hasta dentro de una personalidad — Quevedo, Goya... — y dentro de una misma obra — *El Quijote*, la *Santa Isabel* de Murillo...

LA ARQUITECTURA

De la infancia de la Humanidad presenta España manifestaciones anteriores unas y superiores otras a las del resto de Europa.

Torralba (Soria) se tiene por la más antigua estación prehistórica. No es propiamente obra arquitectónica la Cueva de Altamira (Santander).

Pero entran ya en los dominios del arte de la arquitectura las edificaciones megalíticas.

Quizá fuera de las grandes pirámides egipcias no hay en el mundo construcciones comparables a los dólmenes de la Cueva de Menga (Málaga), Cueva del Romeral (Málaga), Los Millares (Almería) y Matarrubilla (Sevilla). Dólmenes más simples abundan en Galicia, Avila, Salamanca y Cataluña. Las *taulas*, *talayots* y *navetas* de Baleares ofrecen modelos inusitados. Los castros gallegos y portugueses y las *mámoas*, en otros tiempos tan ricas en torques de oro como hoy expoliadas y todavía sin estudiar, suministran tipos arqueológicos de gran interés.

Las marismas del Guadalquivir guardan, tal

vez, las ruinas de la insigne ciudad de Tartesos, quizá con Creta y Egipto, solar de una civilización original, deslumbradora.

Las murallas de Tarragona y Sagunto, la escollera de Ampurias, el emporio de Bares (Coruña), restos ingentes son de la arquitectura anterromana. Gracias a modernas excavaciones, ciudades ibéricas enteras van saliendo a la luz: la heroica Numancia da de nuevo al viento las cenizas de su martirio; la populosa Arcóbriga muestra su templo, su circo, su asamblea, y podemos recorrer sus calles recibiendo la impresión vibrante de la vida antigua. En el Norte de Portugal y en Galicia todos los días aparecen nuevas *citánias* (Briteiros, Santa Tecla, Mondariz, San Esteban de Las...) revelando un pueblo de escasas necesidades, de vivir tranquilo y bien abastado.

Por toda España surgen vestigios de santuarios; y si hasta ahora no se ha descubierto ninguno completo, en cambio se recogen a manos llenas exvotos de bronce, y en piedra, útiles de hierro y vidrio, que permiten ir conociendo las artes industriales y la plástica ibéricas.

La dominación romana en España fué, cual en todas partes, eminentemente constructora; y como su arquitectura era perdurable, todavía se pueden admirar obras que sobrepujan a las mismas de Italia. No hay edificación romana en todo el mundo comparable al Acueducto de Se-

govia, ni puente más atrevido y bello que el de Alcántara, ni teatro mejor que el de Agripa, en Mérida; ni restos de una explotación minera hecha en mayor escala que las *Médulas* del Bierzo, pingües en oro; la torre de Hércules, en la Coruña, el *farum brigantium*, famoso en las Edades Antigua y Media, es imponente construcción superior a todo encomio; los anfiteatros y circo de Mérida, Itálica y Sagunto; los arcos de Tarragona, Evora, Medinaceli, Cáparra; los templos de Mérida y Talavera la Vieja; los puentes de Salamanca, Bibey (Orense) y Mérida; los baños de Alange (Badajoz), y tantas y tantas ruinas y tantas y tantas calzadas, pregonan la importancia de España bajo el Imperio.

De la vida privada de los tiempos romanos quedan muestras como la de la Villa de Navatejera (León); el Palacio de Augusto, en Tarragona, etc., etc.

De los comienzos del cristianismo, que en España tuvo seguidores desde el siglo I, se conservan también huellas monumentales importantes: las basílicas de Manacor, de Cabeza de Griego y de Mérida; el episcopio de la misma ciudad; la necrópoli de Cilla (Huesca); las cúpulas de Centcellas, las misteriosas edificaciones de Gabis la Grande (Granada), y muchos otros restos que patentizan esplendidez y devoción considerables. Prueba este arte cristiano

primitivo el parentesco con el del Norte de África, relación que antes y después ató y ata nuestra vida.

Si de los suevos se ha perdido casi todo recuerdo monumental—algún sepulcro y alguna piedra labrada por toda memoria—, en cambio de los visigodos llegaron a nosotros numerosas iglesias, como las de San Juan de Baños (Palencia), San Pedro de la Nave (Zamora), Santa Comba de Bande (Orense) y Montelios cerca de Braga, en Portugal.

La primera, espaciosa y de líneas amplias; la segunda, rica en esculturas; la tercera, de proporciones bellísimas y con singularidades, cual la de su cúpula, y la cuarta, también con peculiar estructura, son las obras maestras de aquel arte en el que se juntaban a la tradición clásica, la obsesión del imperio de Oriente y los motivos cada vez más olvidados de la profusa decoración bárbara. Pocas construcciones godas de carácter civil se conservan, y ninguna es más importante que la magna reforma del puente de Mérida, ejecutada bajo Ervigio. De la vida privada quedan los restos de la *villa* de Daragoleja (Granada) y capiteles y fragmentos decorativos de los palacios toledanos y emeritenses.

Contrastando con la escasa huella que los visigodos dejaron en España—ni casi vocablos en nuestras lenguas, ni usos, ni apenas monumentos—, los moros, en cambio, marcaron su paso

y estada por modo indeleble. Nada más atractivo para el viajero, ni más evocador, que Córdoba, Sevilla, Toledo, Granada... y tantas otras ciudades, tesoros de un arte que sólo aquí puede admirarse. Mas, no ya la Mezquita cordobesa; ni la Giralda y el Alcázar sevillanos; ni Santa María la Blanca, el Tránsito y el taller del Moro, en Toledo; ni la Alhambra y el Generalife granadinos, solicitan al turista: subyúganle el ambiente de pueblos y ciudades, moras por la arquitectura y moras por las costumbres; las huertas levantinas, regadas por acequias moriscas; los trajes y los cultivos, la música, los patios y las rejas, los jardines y los palmares... y la luz cegadora de un sol implacable: la visión de Oriente en el Occidente extremo.

El arte árabe florece en España como en su tierra de origen: halló aquí ambiente propicio y terreno abonado; el arco de herradura, que llegó a ser *su arco*, en la Península aparece siglos antes de la invasión. De todos los períodos poseemos construcciones capitales: de la esplendorosa época califal, la maravilla de la Mezquita cordobesa (siglos VIII a X) y las ruinas de aquella gran ciudad de lujo y de placer que se llamó Medina Azahra (siglo X), capricho de un califa omnipotente; de tiempos almohades, la Giralda (siglo XII), una de las más bellas torres del mundo. Y cuando la civilización árabe, perdida la

savia viril que le diera el dominio, vivía en la molicie y en el lujo, conservando la genialidad artística, refinada cual en todas las decadencias, labrábanse los ensueños granadinos que se llaman la Alhambra y el Generalife (siglos XIII y XIV). Al lado de esto, castillos a centenares y palacios como el Alcázar de Sevilla (siglo XIV) que reconstruido para cristianos, es más bien, en gran parte, morisco.

Por todas partes el cuño árabe sella las artes españolas, sobre todo las industriales: cerámicas, telas, marfiles, armas, cueros; no hay manifestación de belleza en la Edad Media española en la que falte algún elemento musulmán, y fuertemente acusan su presencia las arquitecturas cristiana, mozárabe y mudéjar.

En las nieblas de los siglos VIII al X, cuando en Europa el nivel de la cultura llegó más bajo—y solamente en Francia el foco carolingio nada original, pues por declarado designio tendía a resucitar el imperio romano—, dos estilos artísticos galardonados en la Península: el *asturiano* o proto-románico y el *mozárabe*.

El mismo arte carolingio—que como toda la cultura de la corte del Emperador recibió influencias hispanas personificadas en nuestro gran Teodulfo—presenta en la Península uno de sus más típicos ejemplares: San Pedro de las Puellas (Barcelona).

Las iglesias asturianas del siglo IX son los más claros antecedentes del estilo románico en el mundo, por sus elementos y por su organización. Hay que distinguir en ellas dos grupos: el de Alfonso II el *Casto*—Santullano de los Prados, San Tirso, la Cámara Santa—tal vez debido al genio del arquitecto Tioda: planta basilical, pilares monolíticos, y a veces, pilastras encapiteladas y uso de estribos para reforzar los muros; y el ramirenses—Santa María de Naranco, San Miguel de Liño, Santa Cristina de Lena, San Salvador de Valdedios...— en estas iglesias a los estribos sólidos exteriores «corresponden refuerzos interiores, a modo bizantino, en forma de columnas, y sobre ellas cabalgan arcos murales y otros de través ciñéndose a las bóvedas de cañón que cubren absolutamente estos edificios... métodos que dos siglos más tarde constituyeron el sistema románico lemosino». Es definitiva la atribución a Ramiro I (842-850) de estas construcciones.

El arte *mozárabe* fué singular producto de la acción vivificante del genio árabe sobre la tradición visigótica, patente en las preciosas iglesias conservadas de Celanova (Orense), Escalada y Peñalva (León), Lebeña (Santander), Melque (Toledo), San Baudelio (Soria), la Peña, en Aragón, La Cogolla (Logroño)...

Estos dos grupos de monumentos *asturianos* y *mozárabes* están perfectamente definidos,

puesto que los más de ellos tienen fecha. Con notorio apasionamiento ha sido negada su autenticidad por algunos críticos extranjeros, fundados en que Francia no posee de prerrománico más que pobres restos de iglesias carolingias destrozadas por dos plagas: el tiempo y los restauradores.

La excursión que el viajero puede hacer por el arte de estos lejanos siglos del Cristianismo, será, a más de única en Europa, extraordinariamente pintoresca y sugestiva. Muchas de estas iglesias están situadas en bellísimos parajes, nada frecuentados. Su visita impresiona por el primor con que están construídas; sus cortas dimensiones no empecen a la grandeza con que los elementos están tratados. Revelan las iglesias mozárabes una faceta de la personalidad de España: la diversidad de tipos, la variedad de formas dentro de un estilo con caracteres propios. El arte mozárabe es, claro ejemplo, también, del fenómeno tan español del malograrse un estilo en vísperas del magno florecimiento, por la invasión de formas extrañas: en este caso la entrada del arte románico.

No se puede dudar que en los orígenes del nuevo estilo tiene España que reclamar participación. De muchos de sus elementos hay aquí ejemplos anteriores a los de todo el mundo y se

ha visto cómo la organización de las iglesias asturianas precede en dos siglos a la de las románicas.

El «camino de Santiago» fué poderosa arteria en la vida cultural de España, pero también lo fué para la de Europa; si por él llegaron las gráciles estrofas provenzales, por él marcharon ritmos y melodías árabes a fecundar la música europea, y tal vez fué vía exportadora de formas arquitectónicas; recuérdese que Alfonso VI dota la construcción de Cluny, y que Silos y San Isidoro de León carecen de precedentes franceses.

En el reinado de Sancho el *Mayor* (1000-1038) parece que por Navarra entran las formas románicas extranjeras. En la peregrinación compostelana ha de verse el vehículo más adecuado para la importación rápida del nuevo estilo.

Término del devoto viaje, la imponente iglesia de Santiago (1060-1096), es obra ejemplar de la arquitectura románica, y contemporánea de su rival San Sernín de Tolosa; a la vez que culmina el período en la escultura con la Puerta de Platerías (1102), da triunfal entrada al arte gótico con el Pórtico de la Gloria (1188), del inmortal maestro Mateo. Tiene por seguidoras otras iglesias: la vieja de Coimbra, la de Orense, la de Tuy... Entre los grandes templos románicos españoles están: San Isidoro de León (1005-1149) con su panteón de los reyes, Sahagún

casa cluniacense, matriz de las de España, y la Catedral de Jaca. La Catedral de Zamora, la Colegiata de Toro y la Catedral vieja de Salamanca, yerguen sus cimborrios de sabia estructura bizantina, dando una nota singular al románico. En Avila, la Basílica de San Vicente muestra ya indicios del tránsito al arte gótico. No cabe aquí la enumeración de las iglesias segovianas con su típico pórtico exterior (San Millán, San Martín, San Juan de los Caballeros), ni las de Soria (San Juan de Duero y Rabanera, con singular cruce de arcos), ni los templos aragoneses y catalanes — San Pedro el Viejo, de Huesca; Claustro de Gerona, pórtico de Ripoll, y tantos más.

Típicamente española es la modalidad del románico en ladrillo, traducción al lenguaje popular del arte noble, de importación, cluniacense. Por popular está empapado de carácter moro, y moriscos eran los más de los maestros que construyeron las iglesias mudéjares. Es un arte gracioso; la adustez y oscuridad de los templos románicos se pierde al emplear un material ni recio, ni grande, ni apropiado para ser esculpido; la decoración, al tener que ser meramente geométrica, quiebra las líneas austeras y amplias y anima el conjunto con la obligada alternativa de ladrillos y tendeles que da policromía, cuando no con la profusa ornamentación

del yeso labrado (iglesias de Cuéllar, de Arévalo, y de Sahagún, etc.).

Cada día se ve con mayor claridad que el estilo románico es transicional y que el gótico es el término de su evolución. En los orígenes de las nervaduras tal vez tuvieron parte las arquerías cruzadas de estirpe califal, y por ende España puede reclamar con buen derecho título de intervención en el nacimiento del arte gótico.

Impulsado el gótico en sus principios por la reacción cisterciense contra el lujo y la ostentación de Cluny, y logrando los monjes bernardos auge extraordinario, vióse España poblada de edificios de transición en las postrimerías del siglo XII y comienzos del siguiente; mas los templos del Cister, que huyendo del tráfago mundanal se construyeron alejados de las ciudades, al despoblarse se arruinaron, y ruinas son Moreruela, en Zamora, el más antiguo entre los españoles; Retuerta y Valbuena, en Valladolid; Sacramenia, en Segovia; Piedra, Veruela y Rueda, en Aragón; Oliva y Fitero (Navarra), Poblet (Tarragona), Santa Creus (Lérida), etc., etc.; tan sólo conservan el culto aquellos monasterios de bernardos situados en regiones de población campesina y densa como Galicia (Armenteira, Melón, Osera, Oya), y Portugal (Alcobaza, colosal monumento,

donde está la romántica tumba de Inés de Castro).

Las grandes catedrales góticas, Burgos (1221), Toledo (1227) y León, nada tienen que envidiar a las francesas y alemanas, sobrepujándolas en variedad y riqueza; pero quedando por bajo de ellas en unidad. Una catedral española fué un ser vivo durante más de 500 años; la devoción de cada siglo le añadió bellezas artísticas, no imitando lo anterior, y así llegaron a nosotros siendo verdaderas sumas de arte; los estilos más diversos se funden en ellas tan sólo por el sentimiento que los inspiró y por el carácter nacional, sello de su factura. Es incalculable el número de templos góticos que hay en España: desde el último tercio del siglo XII (Catedral de Avila; San Vicente, de la misma ciudad; Pórtico de la Gloria, de Compostela); Las Huelgas, de Burgos), hasta bien entrado el XVI (Catedrales de Segovia y Salamanca, por ejemplo), puede seguirse paso a paso la evolución del gran estilo cristiano: Cuenca, Barcelona, Palma, Batalha, en Portugal; Sevilla, que es la mayor catedral de España...

De igual modo que al lado del arte románico de importación se fué elaborando un estilo popular mudéjar de ladrillo, en las iglesias de villas humildes o de barrios pobres de ricas ciu-

dades, también se cultivó el estilo gótico por los alarifes moriscos, y hay, por tanto, un gótico mudéjar interesantísimo: en él culminan las torres de Teruel, del siglo XIII; las toledanas de la misma centuria y de la siguiente; castillos como el de Coca (Segovia), del siglo XV; iglesias de Illescas, Sahagún, Talavera de la Reina (Toledo), y mil más, que ni por centenares se pueden contar los monumentos de este arte tan español y tan bello; la joya del estilo es el claustro de Guadalupe. El mudejarismo se introduce hasta en los templos de mayor porte y prestancia aristocrática, y en el crucero de la Catedral de Toledo un crítico francés clarividente señaló esta nota que españoliza el gótico de la magna iglesia primada.

Esta corriente mora bautizada, este mudejarismo infiltrándose cada vez más, llega en el último tercio del siglo XV a crear el gótico llamado «estilo isabelino», españolísimo, en el cual las líneas del gótico florido se exaltan en parte, en parte se contienen y siempre se modifican, produciéndose las maravillas de Guadalupe, San Juan de los Reyes, en Toledo; cimborrios de Zaragoza, con bóvedas de estrella musulmanas; Lonjas de Palma y Valencia, Capilla Real de Granada, Castillo del Real de Manzanares, Palacio del Infantado, en Guadalajara; Casa de las Conchas, en Salamanca; Seminario de Baeza y Puerta de Marchena, hoy en Sevilla... Si la

estructura y las líneas que presiden son góticas, la decoración profusa muestra recuerdos del odio del moro al paramento liso, y ya cubre de esculturas la Capilla mayor de San Juan de los Reyes o la *dorada* de la Catedral salmantina y la de los Vélez, en Murcia, ya anima las fachadas con almohadillados, picos, clavos y conchas, ya las convierte en inmensos tableros ornamentados (San Gregorio, de Valladolid). El mismo gusto quizá explica los retablos colosales (Cartuja de Miraflores, Catedral de Sevilla)...

Sólo de pasada se han de recordar los techos de carpintería morisca que, innumerables en toda España, presentan los ejemplares de Tor-desillas, Salón de linajes en el Palacio del Infantado (Guadalajara), San Juan de la Penitencia, en Toledo; Salón de Concilios (Alcalá de Henares)...

Coetáneo del fin del «estilo isabelino», aparece en Portugal el arte «manuelino». Por ser el portugués pueblo que en el mar había hallado el cumplimiento de su misión histórica, al llegar a la cumbre de toda grandeza elabora un estilo nacional, que, siendo de raíz gótica, adquiere sello singular por los elementos naturalistas — especialmente marinos — con que por exuberante manera decora las fachadas de Tomar y de Cintra, las Capillas «Imperfeitas» y el Claustro de Batalha y la Torre y el Monasterio

de Belén. Y nótese, para confirmación de la hermandad ibérica, que el creador del «manuelino» es el montañés Juan del Castillo.

Antes de entrar el siglo xvi comienzan a llegar de Italia las formas renacientes; lo que en un principio fué tímida introducción de elementos decorativos tratados a la gótica y esclavizados a las líneas del viejo arte, o trasplante material de obras italianas, fué poco después logrado consorcio en el estilo plateresco (fachada de la Universidad salmantina)—en la que hay cual la traducción renaciente de San Gregorio, de Valladolid—Capilla de Santa Librada, en la Catedral de Sigüenza; Casas de la Salina y de las Muertes, en Salamanca; Ayuntamiento de Sevilla...

Mas de igual guisa que el influjo moro se dejó sentir en el estilo románico y en el gótico, dando origen al arte mudéjar correspondiente, a pesar de la decadencia en el vigor musulmán producida por la conquista de Granada, todavía tuvo fuerza para, aliado con el gótico, resistir la presión del arte renaciente, y cuando se hizo invencible, infiltrarse en las obras labradas a la italiana, acusando su presencia notoriamente en las edificaciones del «estilo cisneriano», de que son ejemplos: la Sala Capitular de Toledo, la puerta de la Capilla de la Anunciación de la Catedral de Sigüenza, la Capilla y el paraninfo de

la Universidad de Alcalá y demás construcciones de aquel franciscano que conquistó a Orán y gobernó a España.

El genio de Siloe, Covarrubias, Berruguete y otros echaba los cimientos de un arte español renaciente, original y propio (Catedral de Granada, Ayuntamiento de Sevilla, Monterrey y Colegio del Arzobispo, en Salamanca; Universidad de Alcalá, fachada y patio del Alcázar de Toledo...). Pero, como siempre, la introducción avasalladora de formas extrañas pretendió desviar la corriente genuina: Machuca construye el Palacio de Carlos V con el mismo rigor que pudiera hacerlo un arquitecto italiano de la gran época; Vandelvira, la Sacristía de la Catedral de Jaén; Diego de Torralba, la iglesia de la Concepción, en Thomar (Portugal), y Villalpando, la escalera del Alcázar toledano. Mas tales purezas clásicas no arraigaron en nuestro país, muy poco dado a austeridades decorativas; y si la voluntad de Felipe II levanta la ingente mole geométrica de El Escorial, y a su imitación forzada se alzan iglesias y palacios por toda España, pronto comienzan a alterarse medidas y proporciones y se prodiga la ornamentación, mostrándose en seguida la pujanza barroca, que encuentra terreno propicio en España para un duradero y pomposo florecimiento.

El barroquismo—que no es propiamente un estilo, sino el denominador que conviene a todas las fases de la evolución artística, que va desde el puro renacimiento a la reacción académica—iniciase en España en los últimos años del siglo xvi—Chancillería de Granada (1580), Palacio del Viso, Sagrario de Toledo... — se acentúa firmemente en el Panteón de los Reyes, de El Escorial; en el mismo reinado de Felipe IV caracteriza las obras de Cano y la capilla madrileña de San Isidro, y en tiempos de Carlos II llega a su esplendor, convirtiéndose en moda arrolladora, y con los Churrigueras, Casas Novoa, Ribera, Hurtado Izquierdo, que trabaja en el Paular y en Granada, y Narciso Tomé alcanza el señoreo de las formas artísticas, para perpetuo tormento de gustos académicos, horror de classicistas y de críticos a la francesa y fruición de quienes, sin prejuicios, contemplan la fachada de la Catedral compostelana, la Plaza Mayor de Salamanca, el Palacio de Dos Aguas, de Valencia; el Seminario de Teruel, la Cartuja de Granada y el Transparente de la Catedral de Toledo. A un barroco mitigado por las enseñanzas académicas pertenecen: el grandioso Palacio Real de Madrid, uno de los primeros de Europa; la Santa Casa de Loyola, el Convento de Mafra, en Portugal; las Salesas Reales y el bello Palacio de Liria, en Madrid, etc.

Todavía el arte neo-clásico, dentro de su falta de españolismo, presenta en España monumentos de gran belleza. El Museo del Prado y el Observatorio, en Madrid; la Catedral de Cádiz, la iglesia de Santa Victoria, en Córdoba; la Puerta Llana de la Catedral de Toledo, son construcciones en las que el viajero puede reposar de la agitación churrigueresca. Don Ventura Rodríguez y D. Juan de Villanueva fueron los más grandes arquitectos de este período.

No es grato, y sí difícil, hablar de lo contemporáneo, pero para el turista será útil la indicación de que la inventiva nacional sigue acusándose en obras actuales. Nadie sabe cómo las generaciones que han de venir juzgarán el empeño original o excéntrico de un Gaudí en el Templo de la Sagrada Familia de Barcelona, ni qué pensarán de la edificación urbana de Bilbao, Madrid, Barcelona y demás ciudades florecientes que a nuestros ojos se está realizando. El extranjero encontrará tal vez en estas obras el acento nacional y las excelencias que nosotros, por demasiado próximos, no podemos percibir fácilmente.

Vigor, dinamismo, falta de medida, exaltación, originalidad, incongruencias, pasión, adivinaciones extrañas, carencia de continuidad en el esfuerzo, predominio de los valores emocionales sobre los elementos técnicos: diversi-

dad, diversidad, diversidad, he aquí las notas de la arquitectura española.

JARDINES.—Conjuntos de naturaleza y arte son los jardines, en los que España es pródiga, pues el clima y el suelo de muchas regiones son propicios, y de los árabes quedaron aficiones, enseñanzas y hasta ejemplares. Sin descender a tratar de aquéllos, en muchas partes naturales, que abundan en Valencia, las Baleares, Andalucía y Galicia, y sin hablar de los de claustros y conventos, remansos de paz, ni de los públicos, que si son con frecuencia grandes y bien cuidados, perdieron y en algunas ciudades van recobrando carácter español, deben citarse los que invitan a ser visitados por su belleza peculiar: los del Generalife, Alcázar de Sevilla, Cuarto real de Granada, Cadalso de los Vidrios (Madrid), restos de la Abadía (Salamanca), Aranjuez, La Granja, Casa del Príncipe y jardín de los frailes (El Escorial), Parque Luisa Fernanda (Sevilla). La relación se interrumpe, mas no se acabaría en varias páginas.

LA ESCULTURA

La escultura española es manifestación mucho menos conocida y apreciada que nuestro arte pictórico, y sin entrar en comparaciones inoportunas, requiere ser considerada atentamente.

Desde los tiempos ibéricos—Dama de Elche, estatuas del cerro de los Santos, relieves de Osuna, sepulcro antropoide de Cádiz, Esfinge de Balazote...—hasta el día—Mogrovejo y Julio Antonio, por hablar sólo de los muertos—, la plástica española presenta una serie no interrumpida de monumentos de gran valor.

En los siglos más oscuros de la Edad Media labráronse los visigóticos capiteles e impostas de San Pedro de la Nave, las jambas de San Miguel de Liño y los medallones de Santa María de Naranco (Oviedo), el sepulcro de Briviesca (Burgos) y la pila de San Isidro, de León. Siendo los árabes enemigos de la representación animada, esculpieron, sin embargo, arquetas de marfil y pilas de abluciones, y lograron tal dominio técnico, que influyendo en tierras cristia-

nas, hicieron surgir la escuela eboraria de la Corte de Fernando I de León, que produjo las maravillas del Cristo del Museo Arqueológico de Madrid y de los marfiles de San Millán, sin rivales conocidos; las arquetas en plata de la Cámara Santa de Oviedo, y de San Isidro en León.

Por la maestría aprendida de los moros, y tal vez por mano mora, se labran los capiteles románicos y los grandes relieves de Silos, del siglo xi, y rayaba el xii cuando se esculpe la puerta de las Platerías en la Catedral de Compostela; poco después el pórtico de Ripoll, la puerta de San Vicente, en Avila, y los grandes claustros de Estany (Cataluña), San Pedro el Viejo (Huesca), San Cugat de Vallés (Barcelona), firmado por Arnal Catel, y el de la Catedral de Gerona, que es el mayor de España. Estos y otros muchos ejemplos prueban cómo el influjo francés toma formas propiamente españolas, acentuándose la personalidad de las escuelas regionales y locales, y llegándose de este modo al verdadero milagro del Pórtico de la Gloria en la Catedral de Santiago, labrado por el maestro Mafeo y fechado en 1188, tal vez la más sorprendente página en la historia de la escultura cristiana.

El arte gótico español mira a Francia y, sean cuales fueren nuestras aportaciones en sus orí-

genes, por el camino de la peregrinación llegaban artistas, enseñanzas y esculturas de marfil.

Las fachadas de las grandes iglesias—Catedral de León, Burgos—los sepulcros de San Vicente (Avila), de Ciudad Rodrigo, Huelgas de Burgos, de Doña Mayor Guillén (Alcocer-Guadalajara), las Vírgenes del portaluz de León y del altar de prima de Toledo y tantas otras obras pregonan la influencia francesa decisiva; pero nunca nuestros artistas dejaron de marcar sus labras con sello nacional de vigor y de pasión.

El siglo xiv se caracteriza porque, siguiendo el predominio francés, llegan, sin embargo, a la corona de Aragón algunos escultores italianos (Sepulcro de Santa Eulalia, en Barcelona, 1339, y tumba del Arzobispo D. Juan de Aragón, en la Catedral de Tarragona). En Navarra y Cataluña alcanza esplendor la escultura de estilo francés, pero también Toledo, León y Burgos poseen ricas decoraciones, capiteles y sepulcros del siglo xiv, de gran interés, ya que no de gran belleza. El arte del siglo xiv es poco original, y la plástica de escasa hermosura en Francia y España. Entiéndase, desde luego, que en la historia del arte la división por siglos no se ajusta al rigor cronológico, y por lo tanto, alguna de las obras de *arte del xiii* labrábase en el xiv.

La escultura española del siglo xv tiene tanto



valor como la del XIII por su genialidad y fuerza y la supera por el refinamiento. A la influencia francesa constante y a la de Italia vienen a juntarse en esta época las de Flandes y Borgoña; Sagrera, en Mallorca, se adelanta al arte europeo de su tiempo; típico es el caso de Pamplona, que guarda en su Catedral la tumba de Carlos *el Noble*, por Janin de Lome de Tournai (1416), y no se olvide que en Dijon es gran artista, en el círculo de Claus Sluter, Juan de la Huerta. Este estilo franco-flamenco, que en Castilla produce los sepulcros adosados de la capilla del Condestable en la Catedral de Toledo, el del Cardenal de San Eustaquio en Sigüenza, y que en Sevilla se muestra en las obras de Mercadante de Bretaña, coincide en Aragón y Cataluña con la invención de los enormes retablos—que tanto caracterizan las iglesias españolas— como el de Tarragona, obra de Pere Johan de Vallfogona y Guillén de la Mota, el de la Catedral de Vich, etc., en los que ya se advierte la influencia de la pintura gíotesca.

Es el XV el siglo en que más artistas extranjeros aportan a España: a su emulación los españoles Pablo Ortiz, Pedro Millán, Sebastián de Almonacid, Vallfogona y otros muchos sostienen la bandera de nuestro arte, que al propio tiempo se manifiesta por caracteres firmes en las obras de los extranjeros aquí afincados; ¡tan decisivo es el influjo de España sobre los que en ella se

establecen! Lorenzo Mercadante de Bretaña, en Sevilla; Juan Guas, Peti Juan, Copin de Holanda, Juan de Bruselas, Juan Sánchez Alemán, en Toledo; Juan de Malinas y Teodorico de Alemania, en León; Gil de Siloe, Felipe Biguerny y los Colonias, en Burgos; Egas Cueman, en Guadalupe; Rodrigo Alemán, en Plasencia, Sigüenza, Ciudad Rodrigo y Toledo—la lista es interminable—entran con justo motivo en la historia de la escultura española.

Los sepulcros de fines del siglo xv son innumerables; bellísimos son los burgaleses de la Cartuja y el procedente de Fredesval, los labrados por Egas en Guadalupe, los de Tendilla, en Guadalajara, y los soberbios de la Catedral de Sigüenza, que culminan en el del soñador *Doncel*.

El mismo gusto por la profusión decorativa que cubrió de esculturas las portadas románicas y góticas y llenó los ábsides con inmensos retablos (por ejemplo, los de Toledo y de Sevilla), se revela en las sillerías de coro, de las que España posee más que ninguna nación, todavía dentro del siglo xv (León, Nájera, Santo Tomás de Avila, Cartuja de Miraflores, en Burgos; la baja de Toledo, Ciudad Rodrigo, Plasencia, etcétera, etc.)

El renacimiento italiano, que hace su primera entrada en España con los relieves del trascoro

de la Catedral de Valencia, esculpidos por Giuliano Florentino, se introduce al finar el siglo xv y comenzar el xvi: ya en obras terminadas —tal vez por la tumba del gran Cardenal Mendoza, en la Catedral Primada, y desde luego por la de Cardona en Bellpuig (Lérida), labrada por Giovanni da Nola; la del Infante D. Juan, en Santo Tomás de Avila, por Domenico Alessandro Fancelli; las de la Capilla Real de Granada; del Cardenal Cisneros, en Alcalá; de los Fonseca, en Coca (Segovia); de los Riberas, en Sevilla, y del Obispo Ruiz, en San Juan de la Penitencia, en Toledo —; ya por artistas italianos que aquí trabajaban, como Moreto, Jacobo Florentin, Pietro Torrigiano; ya por los españoles que van a Italia.

La escultura española del siglo xvi cuenta con los grandes nombres de: Alonso Berruguete —en quien el espíritu gótico, vigoroso, sediento de emoción, se retorció dentro de las formas clásicas, quebrándolas al forzar la expresión—; Zarza, maestro en la talla decorativa; Damián Forment, que en Aragón labraba retablos, pasando con facilidad extraña del estilo gótico al renaciente; Bartolomé Ordóñez, que se italianiza en términos de ser continuador del taller de Fancelli; Diego Siloe y Pesquera, de clásica maestría; Juan de Juni, que en pleno siglo xvi esculpe en barroco; Gaspar Becerra y Esteban Jordán, que *manierizan*; Monegro, que en al-

gunas obras sigue a los miguelangelescos vacíos de espíritu, y en otras revela un depurado clasicismo; Pompeo Leoni, naturalizado en España, siempre correcto y siempre un tanto frío...

El xvii es el siglo de la gran Escultura española en madera policromada: su florecimiento es coetáneo del de la Pintura. Dos escuelas se dibujan con claridad: la Castellana, centrada en Valladolid, que capitanea el gallego Gregorio Fernández, y la Sevillana, de Juan Martínez Montañés. Alonso Cano, espíritu clásico, pretende depurar la plástica española de la vulgaridad en que sus predecesores solían caer; y, llevando la reacción idealista demasiado lejos, sus discípulos Mena y Mora, al extremar la exquisitez, dan en la falsedad. En tanto, Manuel Pereira, en Madrid, esculpe con honrado verismo.

En pleno dominio del barroquismo no se puede omitir la mención de Roldán, Risueño, Duque Cornejo y Ruiz del Peral, que en Sevilla, Granada y Córdoba continúan el esplendor de la talla policromada en los soberbios ejemplares del retablo de la Caridad, en Sevilla, del primero, y la sillería y los púlpitos de Córdoba, del tercero.

En el siglo xvii y en el xviii y en nuestros días se ha cultivado y cultiva en España la escultura en barro policromado, de carácter mar-

cadamente popular; arte que sólo por la materia empleada puede aducir como ascendientes a Olarte, Torrigiano y Pedro Millán; pero que en figuras de *Nacimientos*, sobre todo, presenta modelos de gracia y de expresión.

El siglo xviii produce también a Salcillo, que en tiempos de tanta decadencia, conservando la vieja tradición de los imagineros, consigue, no sin efectismos, arraigar en la entraña popular; y a la Roldana, que a la feminidad propia junta la expresión de las delicadezas barrocas, muy siglo xviii. Luis Salvador Carmona, en Salamanca y Madrid, resucita, en cierto modo, los ideales de Gregorio Fernández y de Pereira con la falta de unción que daba el tiempo.

El espíritu neoclásico presenta ufano los nombres de Felipe de Castro y de Manuel Alvarez el *Griego*, de tan fría memoria.

El siglo xix, por su proximidad a nosotros, no lo podemos juzgar rectamente: la producción escultórica fué grande, y nos parece tan desprovista de hondura y emoción, cuanto rica y suntuosa.

Vallmitjana, Querol y Mogrovejo son quizá los más ilustres escultores españoles del siglo xix—entre los muertos—pero es innegable, que su arte no estaba arraigado en nuestra tradición: tal vez esta nota es la única en que concuerdan los tres artistas citados.

Del xx es prematuro hablar: el camino em-

prendido por algunos, de volver a lo tradicional, si es expuesto a caer en imitaciones, liberta, en cambio, de la esclavitud a lo francés e italiano del siglo XIX, que tan deleznable fruto ha producido; y quizá, al escudriñar en el pasado den nuestros escultores con el alma de la raza, que han de vestir con formas de modernidad para crear arte verdadero.

LA PINTURA

Los monumentos de España presentan al visitante incalculables tesoros pictóricos, pese al tiempo, a la incuria y a la avidez de invasores y expoliadores.

La mera indicación ocuparía volúmenes: ello es patente con sólo pensar cuánto significa la pintura española, que con el teatro es, a buen seguro, la aportación más considerable de la Península ibérica a la sensibilidad universal.

La cueva de Altamira ha sido llamada la Capilla Sixtina del arte cuaternario; la verdad de sus pinturas de animales en movimiento — crónica cinegética de una tribu, cuando el cazar era la más alta y provechosa empresa entre los hombres—sería milagro inexplicable si nuevas exploraciones no hubiesen revelado caracteres de belleza análogos en la decoración de otras cavernas y peñas—Cándamo (Asturias), Covallanas, Peña Tu, Puente Viesgo (Santander), Alpera, Calapatá, Valltorta, etc.

Si dentro del mismo arte se quisiera considerar al pintor de la cueva de Altamira y a Goya,

se vería cómo, pasados milenios, pervive en lo moderno la acuidad de visión y la franqueza para encararse con la vida circundante, que hacen del artista prehistórico el antepasado del sordo inmortal.

Mas, aun no aduciendo tan remotos orígenes, la trama de la pintura española es de tan sólida textura que la continuidad histórica se define claramente.

Prescindiendo de la pintura de los vasos ibéricos, y andando centurias, de la decoración de la supuesta casa-basílica de Mérida, y de la que cubre los muros de Santullano de los Prados (Oviedo), comparables ambas a la romana en técnica y espíritu, y haciendo también caso omiso de los códices godos y mozárabes, dijérase que encabeza nuestra pintura la ermita de San Baudelio de Casillas de Berlanga (Soria), edificio singular por su arquitectura; pero todavía más por tener los muros con escenas en buena parte profanas—cacerías, por ejemplo—pintadas a los fines del siglo XII. Coetáneas, si no anteriores, serán las pinturas del Panteón en San Isidoro, de León, hacia 1180; y de arte menos fino, pero también interesantísimas, son las murales catalanas, hoy en parte instaladas en el Museo de Barcelona, y las del Cristo de la Luz, en Toledo, por no citar más que las muy notorias.

En el XIII comienzan los *antependios*, de los que posee tantos el Museo Episcopal de Vich, y al avanzar esta centuria abundan las iglesias de muros pintados; en 1262, firma Antón Sánchez de Segovia la decoración de la Capilla del Aceite o de la Torre, en la Catedral vieja de Salamanca.

En el siglo XIV entra por Levante la influencia pictórica de Siena, y en el último tercio viene a Castilla, y tal vez a Portugal, un gran pintor giotesco: Gherardo Starnina. Esta diferencia entre la corona de Aragón y la de Castilla, mirando la primera a Siena, la segunda a Florencia, marca huella en la producción artística siguiente.

Hacia mediados del siglo XV la influencia flamenca es perceptible: Luis Dalmau pinta la Virgen de los Concelleres 1444 (Barcelona); en Castilla, Jorge Inglés es pintor del marqués de Santillana, al mismo tiempo que en Salamanca Nicolás Florentino —quizá el misterioso Dello— decora la Catedral vieja, y que en Nápoles es cabeza del movimiento pictórico en la corte de Alfonso V, el *Magnánimo*, Jacomart Baçó.

Castilla liga las influencias de Italia con enseñanzas de Flandes, y mientras Fernando Gallego se inspira en Van Eyck, Pedro Berruguete se forma, tal vez, en el Norte de Italia.

A Sevilla llega algún influjo veneciano; en

Cataluña y en Valencia, Vergós y Osona dominan el color, y Bermejo en Aragón y Cataluña aprovecha las lecciones aprendidas en las tablas de Flandes y no se desdena en exornar sus pinturas con las yeserías doradas de acusado relieve, que placían al gusto suntuoso español.

Por otra parte, desde Juan II, nuestros reyes revelan afición por la pintura flamenca. Y con reiteradas adquisiciones importan crecidas cantidades, llegando los Reyes Católicos a reunir espléndida colección, de la que todavía queda un resto considerable en la Capilla Real de Granada.

Portugal, a partir de mediados del siglo xv, cuenta con una escuela floreciente que preside Nuno Gonçálves, artista extraordinario que en sus tablas del altar de San Vicente — hoy en el Museo de Lisboa — no cede a ningún flamenco en la decisión de afrontar el estudio del natural y en el vigor armónico del colorido.

La pintura española del siglo xvi se caracteriza porque todas las miradas están vueltas a Italia. A principios del siglo, allá estaban Fernando Yáñez de la Almedina y Fernando Llanos, discípulos de Leonardo Vinci, que en Cuenca, Valencia y Murcia dejaron muestras calificadas de sus pinceles. Alonso Berruguete también estuvo en Italia. Luis de Vargas trae

a Sevilla algo de la gracia de Corregio. Becerra, Barroso y Céspedes *manierizan* con los miguelangelescos. Navarrete, *el Mudo*, trata el color a la manera veneciana, y es brillante esperanza que se frustra. Morales, *el Divino*, halla una veta fácil, aunque exigua, que por el aplauso de los devotos lógrale fama imperecedera. Sánchez Coello sigue a Moro y es cabeza de la escuela de retratistas cortesanos.

Al mismo tiempo que nuestros pintores van a Italia o en ella se inspiran, vienen de allá Julio de Aquilis, Alessandro Mayner, los flamencos italianizados de Sevilla, y los escurialenses; y entran pinturas italianas a porfía; Tiziano es pintor de Carlos V; Felipe II, casi desde la adolescencia, encarga cuadros al genio de Cadore, y en la madurez idea y dirige El Escorial, con la preocupación dominante de cubrir sus inmensos muros con soberbias pinturas; los grandes artistas no pudieron o no quisieron venir; los embajadores del rey Católico enviaban los más famosos; ninguno le complacía. Felipe II, tan entendido en el arte, no comprendió al *Greco*, que incendiaba a Toledo con su genialidad fervorosa; pero esta limitación compénsala con creces la amplitud de su gusto, que gozaba con los primitivos flamencos, adoraba a los venecianos y tenía a Moro a su servicio.

Todos estos elementos pictóricos, en ebulli-

ción durante un siglo, elaboraron nuestra pintura, que en el xvii alcanza categoría de grande entre los mayores. Ribalta, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Alonso Cano, Carreño, Murillo, Valdés Leal, Claudio Coello... son nombres gloriosos que no precisan más que enumerarlos. Escuela de Valencia, Escuela Madrileña, Escuela de Sevilla, son denominaciones claras.

Dos notas especiales conviene destacar: el papel decisivo que en el desarrollo de nuestra pintura ejerce la colección de cuadros de los Reyes de España, y que quizás por ello y por la independencia, sello de nuestro carácter, no suele darse aquí la escuela personal; un ejemplo lo hará notorio: los pintores madrileños posteriores a Velázquez apenas le siguen—ni aun los más allegados; verbigracia, su esclavo Juan de Pareja—; proceden yendo a las fuentes, no beben en el río caudal, y se redimen del servilismo de imitadores estudiando en los *maestros* de Velázquez: los venecianos, los flamencos y *la realidad*.

El siglo xviii, que es tiempo de postración del espíritu nacional, se caracteriza por la venida de artistas franceses e italianos traídos por los reyes Borbones; pero del mismo modo que las influencias de Italia y de Flandes suscitaron en el Renacimiento la floración sin igual del siglo xvii, así las obras de Houasse, van Loo, Amico-

ni, Giaquinto, y sobre todos las de Tiepolo y Mengs—los decoradores de los Palacios Reales—dieron tal vez por fruto una de las personalidades más vigorosas del arte universal: don Francisco de Goya.

La figura de Goya crece de día en día; con el *Greco* y con Velázquez forma la trinidad excelsa de nuestra pintura; los tres, ligados más estrechamente de lo que por su distancia en el tiempo se pudiera prever, coronan la cumbre, que es punto de partida ideal del moderno arte pictórico. A las obras de estos tres grandes genios han vuelto los ojos los impresionistas franceses y los expresionistas alemanes, todos los artistas, en suma, que tienden a superar la pintura clásica. *Greco*, Velázquez y Goya, por encima de ser crisoles donde hayan venido a fundirse las más variadas corrientes de vitalidad pictórica, son manantiales inagotables de actual y de futuro aprovechamiento. Hasta hoy, los más pintores de los pintores que han sido.

El siglo xix lo abre Goya y lo cierra el triunfo de Sorolla en Paris: entre estos dos grandes nombres reclaman un puesto Vicente López, Alenza, Federico Madrazo, Fortuny y Rosales.

La pintura española de nuestros días no merece de la precedente y supera a la contemporánea de las demás naciones. Nuestros pintores triunfan en el extranjero, y mostrándose España, como siempre, productora de personalida-

des fuera de medida, español es Pablo Picasso, apóstol del *cubismo* y pontífice de las más avanzadas tendencias pictóricas: fuera arbitrario condenar su arte e injusto negar valor a su obra; la incompreensión no autoriza para fulminar anatemas, y toda novedad tiene derecho al respeto, pues es cosa sabida que los revolucionarios de hoy son los clásicos de mañana.

ARTES INDUSTRIALES

Las artes industriales, es decir, el embellecimiento de las cosas de uso continuo, son el mejor índice de la civilización de un pueblo. El arte cerámica, esto es, la decoración de los útiles para la comida; el arte textil, esto es, el hermo-sear las telas, que ya en su origen para embellecer se tejieron, pues aun lisas y simples son más bien adorno que abrigo o que velo, fueron y son en España de cultivo brillante y continuado desde las distantes épocas de la prehistoria.

A partir de la cerámica eneolítica de Ciempozuelos, con incrustaciones de pasta blanca, formando complicados dibujos, hasta llegar a la ibérica de Numancia y Sagunto, pasando por las obras maestras de Archena y de Azaila, España aventaja en la Edad Antigua al resto del mundo, salvo a Grecia, con su precedente cretense.

La cerámica medieval española es de una prodigiosa variedad. Es su timbre más glorioso haber aportado y naturalizado en Europa la loza de reflejo metálico, en la que un pueblo

artista fabricó las más suntuosas vajillas con frágil y humilde barro. Al propio tiempo que en Málaga y Valencia se trabajaba la cerámica dorada, la verde y negra y la azul lograba intenso desarrollo en Teruel y Paterna.

Cuando comienza la influencia del Renacimiento, Talavera de la Reina traduce con un sentido popular las formas exquisitas de Urbino, Gubbio y Castel Durante, y desde el siglo xvi al xviii difunde sus productos por España entera.

Sevilla recibe la visita de Francisco Niculoso Pisano, que allí permaneció varios años; en manos de los discípulos españoles, el arte del fino ceramista pierde en maestría técnica y en delicadeza lo que gana en vigor colorista y fuerza decorativa.

Las tendencias europeizadoras del siglo xviii impulsan al Conde de Aranda a fundar la fábrica de loza de Alcora, que había de conservarse sin contaminaciones populares. Más aislada todavía logró estar la fábrica del Buen Retiro, creación de Carlos III, tan poco española en sus comienzos que hasta las tierras se traían de Nápoles. Por fin, Sargadelos, en Galicia, en el primer tercio del siglo xix compite con las fábricas de loza de Inglaterra.

Modernamente, en Manises, en Sevilla y en Talavera hay un renacer de los viejos alfares.

Los vidrios de Cadalso (Madrid), Cuenca,

Castril y María (Granada), Mataró (Cataluña), comienzan a ser apreciados y rebuscados por coleccionistas; quizá su estudio revele que muchas piezas tenidas por extranjeras son de procedencia española.

En La Granja estableció Carlos III una fábrica de cristales que imitó a Bohemia y a Venecia.

Los guadamaciles o gadamecies, cueros estampados que, por trabajarse en Córdoba, se llaman cordobanes, constituyen arte industrial muy típico, sellado también por el orientalismo; se hicieron con cordobanes frontales de altar, fondos de retablos, cofres y encuadernaciones; trabajábanse con hierros para relevarlos, pintándose después, y a veces se matizaban con oro para realzar su riqueza.

Las artes del metal tienen en España insignes tradiciones: por ser país rico en minas de oro, plata, cobre y hierro, desde tiempos antiquísimos se cultivó aquí la metalistería.

La abundancia de oro, fabulosa antaño en Galicia, motivó la cantidad de torques enormes anterromanos hallados en las *mámoas*; y en regiones menos ricas o carentes del precioso metal, pero de mayor adelanto artístico, se labraron los tesoros de Jávea y de la Aliseda.

De la Edad Media, en sus comienzos, son las

coronas de Guarrazar, espléndidos joyeles visigóticos; y en los siglos de la reconquista incipiente, tenidos por rudísimos, atestiguan un arte refinado la arqueta de la Cámara Santa de Oviedo o de las ágatas, las cruces de los Angeles y de la Victoria... Fuera labor inacabable citar joyas árabes y piezas de orfebrería románica y gótica; pero es preciso la mención de la serie maravillosa de esmaltes—todavía no aclarado su españolismo—de San Miguel *in excelsis*, de Silos, de Roncesvalles, la Virgen de la Vega (Salamanca), la estatua yacente de D. Mauricio (Burgos)...

Es asombrosa la cantidad de plata y oro que aun atesoran las catedrales y muchos otros templos de España; recuérdense tan solo las Custodias del Corpus—cosa tan nuestra—las más ricas preseas del mobiliario litúrgico, que en el siglo xvi, y por obra de Arfes, Becerriles, Alvarez, etc., alcanzan nivel jamás logrado por las labores de orfebrería en otras naciones.

Si del oro y la plata se baja al bronce, es incalculable la producción española: ya se consideren los exvotos a todas horas descubiertos en excavaciones ibéricas; ya las empuñaduras de puñales con incrustaciones de plata; ya las fibulas y frenos de caballos; los restos godos; ya, en fin, dando un salto de milenios, los bronces

renacientes de Cristóbal de Andino, de Vergara, de Juan de Arfe y de Celma.

Extenso espacio requeriría tratar del hierro, siquiera para enumerar las series de máximo valor: las armas de fino temple—ibéricas, godas y medievales; ya árabes, ya cristianas—; la rejería, que arrancando de las obras del siglo XIII, de Salamanca, Zamora y Cataluña, alcanza en las centurias XV y XVI esplendor extraordinario con Juan Francés, Domingo de Céspedes, Fray Francisco de Salamanca, Maestro Bartolomé, Andino, Villalpando y Arenas, que en Alcalá, Toledo, Guadalupe, Granada, Burgos, Cuenca, etc., labraron las rejas que cierran regiamente soberbias capillas. Y lo mismo que de las rejas téngase por dicho de candeleros, tenebrarios, veletas, cruces, llaves y otras muchas series de objetos de culto y de uso civil de que España está llena.

También en tejidos presenta España soberbio historial, desde las telas de esparto prehistóricas, tan antiguas como las egipcias y de trama tan perfecta. Pero, como en la cerámica, a los árabes debemos lo mejor: la estupenda serie de las telas todavía mal conocidas que, arrancando del siglo X llega al XVI con tipos de novedad y perfección singulares entre todo lo europeo. La tradición gloriosa arraigó profundamente. Y en

los siglos de la Edad Moderna los paños de Segovia, las sedas de Granada y de Valencia, los terciopelos y damascos toledanos, los lienzos gallegos y vascongados, las alfombras de Alcazar y de la Alpujarra y los reposteros de Salamanca eran productos de florecientes industrias.

Notabilísimos son los bordados y deshilados de casi toda España, las blondas y mallas de Almagro (Ciudad Real), las puntillas de Camariñas (Galicia), etc., etc.

LA VIDA

La vida española es una sucesión de cuadros de animación y variedad extraordinaria: las costumbres populares se conservan en muchas localidades de las diferentes regiones, por lo cual son numerosas y diversas las ceremonias de bodas, bautizos y entierros; imposibles de reunir en ningún recetario las comidas típicas, y difícil labor catalogar las fiestas de color más brillante. La vida española, en lo que tiene de más hondo, hay que vivirla para conocerla y amarla. Queda al viajero lo externo de las diversiones, ricas en colores y en sonidos, y lo más íntimo de las comidas, trasunto de gustos y caracteres regionales.

LAS FIESTAS

Son las fiestas manifestación genuina del carácter de un pueblo, aquella que al viajero más atrae y encadena: España, por su clima, está particularmente indicada para expansiones de regocijo externo y bullicioso.

LAS CORRIDAS DE TOROS SON las más nombradas fiestas españolas, y en ciertos aspectos se ha hecho de ellas por los extranjeros emblema injusto y calumnioso.

Son los toros un espectáculo deslumbrador «bárbaramente hermoso». El único que entre los de estos tiempos conserva la grandeza y la emoción de los juegos del Circo romano. Intervienen en los toros poderosos elementos visuales—enormes masas, movimiento, colores—y numerosos valores emotivos—lucha, fuerza muscular, agilidad, destreza, brío, valentía, presagios de muerte—. A veces, la muerte misma hace súbita aparición. La crueldad innegable, tan reprochada, es igualmente calificación discernible a otros juegos populares en diversas naciones—boxeo, riñas de gallos, carreras...—

que no tienen en descargo suyo el ambiente dionisiaco de luz y alegría de los toros. Léase, por ejemplo, la maravillosa impresión de Gautier.

Pero las diversiones españolas no se reducen a las corridas de toros; hay otras muchas de fuerza representativa y pintoresca extraordinaria. Como en todas las manifestaciones españolas, *la diversidad* es su común denominador, y la mezcla de religioso y profano su sello propio. Esta complejidad se acrece, en ocasiones, con huellas de cultos extinguidos y con recuerdos de razas que habitaron nuestro suelo en las edades pasadas.

En Galicia, el primero y el tres de Mayo, se celebra la fiesta de los *mayos*; en otras partes de España, la de las *mayas*, y en unas y otras se funden recuerdos de fiestas naturalistas, celebrando el triunfo primaveral y el hallazgo de la Santa Cruz. La víspera de San José (18 de Marzo) se queman en Valencia las historiadas *fallas*; la noche de San Juan celébrase con ceremonias de ritos antiquísimos...; la relación fuera inacabable, pero ¿cómo no mencionar las luchas de moros y cristianos de Levante, las *mondas* de Talavera, las *marzas* de Celanova (Orense), el *romaxe* a San Andrés de Teixido, en Galicia, peregrinación que si no se hace en vida se hará en muerte, cambiado en

alimaña o en gusano; y las romerías montañosas, asturianas y gallegas, que, si son de costa, culminan en la procesión por el mar?

A todas estas fiestas acuden en las diversas regiones con los trajes típicos: de Muros y Bergantiños, en Galicia; de Candelario y Béjar, en Salamanca; de Lagartera, en Toledo; y los murcianos y valencianos, y los cortijeros andaluces, y los *maños* aragoneses...

En las fiestas españolas otro atractivo grande y diverso son los bailes: ya colectivos—la sardana en Cataluña, el aurescu en Navarra y Vasconia, la danza prima asturiana, la muñeira gallega, las jotas de Valencia y Murcia—ya de carácter más personal, como las danzas andaluzas, todo variado e inconfundible. Tan sólo la jota de Aragón logró ser aceptada por casi todas las regiones, que la tradujeron a su carácter peculiar.

Y con los bailes, los cantos; no hay nación que posea variedad mayor: impregnados unos de orientalismo, semejan aires rusos y asiáticos; otros, llenos de romanticismo celta, emparejan con la música de Bretaña e Irlanda. Música que requiere variedad enorme de instrumentos: gaita, tamboril, zanfona y pandero, en Galicia; chisto, en Vasconia; dulzaina, en Valencia; guitarra, en Andalucía; bandurrias, en Aragón; castañuelas, panderetas y cien más que harían las delicias de un coleccionista curioso.

Estos elementos de ambiente, música e indumentaria dan sello inconfundible a las romerías gallegas y asturianas, a las verbenas madrileñas, a las ferias andaluzas, a las fiestas populares de todas las regiones.

En el capítulo de fiestas, pocas atraerán más la atención del extranjero, por su variedad y novedad, que las procesiones. No hay población en España que por pequeña o por pobre deje de celebrar la Semana Santa y el día del Patrón con el desfile por las calles de imágenes de subido valor artístico, acompañadas de vistoso cortejo. Aparte de éstas, que son generales y comunes, hay en España procesiones de especial interés histórico, tradicional y pintoresco.

Las procesiones de Semana Santa revisten solemnidad sin igual: en Sevilla, con las cofradías suntuosas y las saetas, de tan fuerte carácter; en Valladolid, donde los *pasos* de Juan de Juni y de Gregorio Fernández recorren las calles, reviviendo al salir del Museo toda una época histórica gloriosa del arte español; en Murcia, donde las imágenes de Salcillo muestran los últimos y más populares resplandores de nuestra plástica policromada... Contrastando con estos desfiles, de enorme valor artístico, hay procesiones de emoción y de devoción, cuales la de los *Caladiños*, que en la noche del Viernes Santo recorre las naves de la catedral

de Compostela; la de la Hermandad de *La Buena Muerte*, que con ataúdes, calaveras y hachones cruza las más viejas calles de la ciudad Condal; la procesión del Rosario, por el Pilar, en Zaragoza...

Quien guste de la fabulosa riqueza de la orfebrería renaciente, vaya a Toledo o a Córdoba el día del Corpus, para anonadarse entre nubes de incienso y de flores y chorros de luz ante las custodias y los ternos enjorjados; y quien desee caminar hacia atrás en la corriente del tiempo, visite Jaca en el día de Santa Orosia y verá la procesión de las endemoniadas; o algunas aldeas de Galicia por la fiesta mayor, y sobrecojerá su espíritu el acre aroma de las supersticiones medievales.

Y en violento contraste verá por el Corpus, en Sevilla, bailar los *seises* ante Jesús Sacramentado—belleza y gracia—, y en romerías vascongadas, montañesas y gallegas cómo delante de la Virgen o de los santos danzan los marineros las danzas de espadas, restos de ritos guerreros de razas desaparecidas; o si va a Compostela evocará los tiempos de las peregrinaciones, admirando la procesión de las reliquias, que desfila por las naves románicas al son de las medievales chirimías, en tanto el *botafumeiro* surca el espacio sahumando la catedral sepulcro del Apóstol.

La descripción minuciosa de cada una de es-

tas típicas procesiones llenaría largas páginas; véase, por ejemplo, qué carácter tan pintoresco tiene la del Rocío, en Andalucía.

Dos o tres días antes de la víspera de Pentecostés salen de Triana, Huelva, Almonte, Sanlúcar y otros pueblos hasta once sendas comitivas que constan de una carroza arrastrada por bueyes, en la que va el estandarte de la cofradía, escoltada por cofrades a caballo y seguida por otras carretas asimismo adornadas, que llevan a las mujeres vestidas con trajes tradicionales, cantando al son de castañuelas y panderos; como el trayecto dura más de un día, acampan al raso. Reúnense todas las comitivas en las marismas del Guadalquivir, en donde está el Santuario del Rocío, desfilando al llegar ante la Virgen, arrodillándose los caballos y los bueyes; el domingo del Espíritu Santo por la noche es la procesión del Rosario, en medio del campo; el lunes es la procesión de la Virgen, a hombros de los cofrades de Almonte, que para ello tienen privilegio; llenan estos días continuadas sevillanas, único baile permitido, y el regreso se hace en igual solemne forma. Dígase si en el mundo occidental queda algo semejante.

No procesión, pero sí fiesta religiosa singularísima, es «el misterio de Elche», representación teatral devota que, con música y versos antiguos— a manera de auto litúrgico— se celebra todos los años la víspera y el día de la Asunción

(15 de Agosto) en la iglesia de la Asunción, de Elche (Alicante).

Alegría y tragedia, luz cegadora y sombras y nieblas, fausto oriental y austeridad monástica; lo macabro detrás de lo sensual; lo cristiano vestido de idolatría o de naturalismo; tales son las fiestas españolas: siempre *diversidad*.

LAS COMIDAS

Suele ponderarse la sobriedad española; la novela picaresca con sus hidalgos hambrones y sus pobres todos trazas para mal comer han dado a España fama poco pingüe, que no bastan a rectificar los tratados de mesa y de *re coquinaria*, desde el *Arte Cisoria*, de D. Enrique de Villena, y el poema de Gracia Dei, del siglo xv, hasta el libro clásico de Martínez Montañón o los modernísimos del *Cocinero de Su Majestad*, Angel Muro y *Picadillo*.

Apenas se puede leer un libro de viajes por España sin que salte al punto la sorpresa del autor ante las comidas; en general, si el viajero es francés táchalas de poco delicadas; pero todos coinciden en que son muy sabrosas.

Son comidas que pudieran llamarse fundamentales, sin engaños; compónense de elementos de primera calidad, honradamente combinados.

Combinaciones hijas de viejísimas prácticas, la antigüedad les ha dado rara perfección en el condimento y en el *punto*.

El plato nacional es el *cocido*, que reviste tan-

tas modalidades cuantas son las regiones, por lo menos, pero todas coincidentes en ser un cocimiento de algo más que vaca, carnero o cerdo. Lleva el cocido madrileño garbanzos en cantidad, patatas, verdura, en verano ensalada—y vaca con chorizo y tocino—todo lo cual el azafrán colora. El aragonés añade pimientos fritos, y el andaluz, el *majado* y frutas, en particular peras y membrillos. El castellano viejo se acompaña con cecina o tasajo y *bola* o albóndiga de picadillo con huevo. Vienen después las modificaciones de mayor entidad, de tanta, que hasta perdiendo el nombre de cocido, llámanse: *olla podrida*—poderosa—en la Montaña de Santander, que es suma de productos regionales, pues entran en ella vaca, jamón, morcilla, chorizo, gallina, patatas, verdura; y *pote* en Asturias y caldo en Galicia: aquél con jamón, oreja de cerdo, chorizo, morcilla, patatas, judías y berzas; éste, menos sólido, que puede ser de repollo, *nabizas*, *nabos* o *grellos* con unto, calabazo, judías y patatas y cuantas cosas de cerdo se deseen.

Cada uno de los enunciados componentes han de proceder de sendas localidades para ser suculentos; así, el jamón será de Avilés, Villalba, Trevelez, Jabugo o Montánchez; los chorizos, de Cantimpalos, Candelario o la Rioja; las patatas, de Monforte o de Ariza; las judías, del Barco de Avila; los garbanzos, de Fuente-Saú-

co; los *grellos*, de Santiago; los nabos, de Lugo; los pimientos, de Calahorra...

Larga relación requerirían los embutidos: la butifarra catalana; la sobreasada mallorquina; el chorizo de Pamplona; el salchichón de Vich; el embuchado extremeño; la morcilla gallega y montañesa; la longaniza de varias regiones, que cambia con las localidades. El chorizo, que varía asimismo notablemente, causa extrañeza y agrado a los viajeros; recuérdense las impresiones de Borrow y de Amicis.

Necesitaríanse varias páginas tan sólo para enumerar los otros platos típicos, sobre todo los del Norte, donde habitan pueblos más gastronómicos; en las Provincias vascongadas, el bacalao a la vizcaína o el *pispiri* y las angulas, que para estar succulentas han de resbalar del tenedor; en Santander, el bonito asado y el besugo; en Asturias, la *fabada*; en Galicia, la *caldeirada* marinera, que se sazona con agua de mar; el pulpo curado de las ferias; el *lacón* con grelos, insustituible en carnestolendas, y las empanadas, que se hacen con lampreas, anguilas, sardinas, lomo de cerdo, pollos... y que son de tan rancia progenie que en el regio banquete esculpido en las ménsulas del palacio arzobispal compostelano, del siglo XIII, se adornan ya con iguales trenzados. En Castilla el lechón y el cordero asados. Si saltamos a la costa Sur, dare-

mos con el delicioso pescado frito de Cádiz y Sevilla, las *bocas* de la Isla, los boquerones malagueños, y en verano con los fresquísimos gazpacho y ajo blanco, y por toda Andalucía en todo tiempo el *potaje*. Y, llegando a Levante, encontraremos la paella valenciana, en la que el arroz se decora con las más variadas adiciones de carnes y pescados y pimientos, resultando como otros platos españoles, y más que ninguno, no ya sabroso y oloroso, sino también colorido.

Larguísimo podría y debiera ser el párrafo de los vinos, una de las mayores riquezas y bienes de España. Son, como todos sus productos y manifestaciones, de una variedad pasmosa. Todos conocen los vinos de Jerez y de Málaga—que los poetas se han cansado de llamarlos sol líquido—; los de la Rioja — Alta y Baja, Alavesa y de Haro—, deliciosos para la mesa; los de Aragón y el Priorato catalán, fuertes y ásperos; el de Toro, espeso; el de Valdepeñas, claro; el de Yepes, color rubí y astringente; los gallegos, de tipo escasamente alcohólico y de mucho *bouquet*, cuando no ligeramente gaseados. Hay, además, vinos que ya casi no lo son, como el asturiano y el fresco *chacolí* vascongado. Al lado de éstos, las bebidas especiales, como el tostado gallego, hecho con uvas casi pasas; y los anises de Asturias, la Montaña y Ma-

llorca; y los aguardientes de Cazalla de la Sierra y de Chinchón. Tampoco se ha de callar la sidra asturiana, hecha con olorosas manzanas.

Si se pasa a los quesos, la variedad es asimismo prodigiosa: desde la *tetilla* gallega, blando y untuoso, hasta el de Cabrales, fermentado y picante; desde el burgalés, todo nata, al fuerte manchego, moldeado con esteras, conservado en aceite, y que requiere largos tragos de vino tinto; y los montañeses frescos; y los de Avila y Cuenca; y de Villalón; y los asturianos llamados de San Simón, curados al humo; no hay región sin queso especial: todos aguardan la divulgación que les traerá fama tan grande como la de los más célebres del resto de Europa.

Exquisita es la miel de la Alcarria (Guadalajara) y la de Cuenca y su serranía, que trasmite a romero, tomillo y mejorana, y la de Valencia con fragancia de azahares.

De dulces y confituras pudiera escribirse una verdadera geografía: apenas hay convento de monjas sin golosina sui-géneris—yemas de San Leandro, en Sevilla; de Santa Teresa, en Avila; limoncillo, nuez, cabello de ángel y naranja de las Claras, en Redondela—. Aparte aquellos postres comunes a casi toda España—arroz con leche, natillas, torrijas, leche frita, etc.—, son de celebrar especialidades como los turrónes de Jijona, Cádiz y Zaragoza; los mazapanes de To-

ledo; las rosquillas de Fuenlabrada, Yepes y Silleda; los pestiños y bartolillos madrileños; los alfajores de Medina Sidonia; el alajú granadino, los mantecados de Estepa y Antequera, y las mantecadas de Astorga; los bizcochos de Calatayud y Monforte y los borrachos de Guadalajara; los bolearados de Tuy; las almendras de Alcalá y los almíbares de la Rioja y de Puente Genil; el arrope manchego. Y pasando a Portugal, las golosinas —allí llamadas *petiscos*—ofrecen variedad no menor: *queixadas* de Sintra, *rebandas* de Thomar, *glorias*, *ovos moles* de Aveiro...

No hay que olvidar la profusión de frutas: fresas de Aranjuez y de Valencia; cerezas y peras de Avila; naranjas murcianas y valencianas; uvas de Málaga, Jerez y la Mancha; albaricoques de Toledo; melocotones de Campiel y de Lérida; pavías de Ribadavia; sandías de Talavera y de Cambados; melones de Villaconejos; manzanas de Asturias; higos de Fraga, granadas y chumbos granadinos; almendras de Córdoba; aceitunas de Sevilla...

Ya lo dijo el Rey Sabio:

«*España es como el paraíso de Dios.*»



EJEMPLAR : INVENDIBLE : RE-
PARTIDO : GRATVITAMENTE
POR : LA : COMISARÍA : REGIA
DEL : TURISMO : Y : CVLTVRA
ARTÍSTICA : N.º

A

Handwritten text in a cursive script, likely a name or title, written vertically on a narrow strip of paper. The text is oriented vertically and reads: "Handwritten text in a cursive script, likely a name or title, written vertically on a narrow strip of paper."